

LETRAS

FLORES

I

Por la ventana entreabierta, sonrío feliz y suave la tarde primaveral. Abajo un pregón anuncia: «De Valenciaaaa floooores» y el canto del vendedor hace parar en el cielo a un cernícalo que perseguía a un asustado pajarillo.

Dentro de la habitación, ornada barrocamemente, Don Rafael se atusa el bigote, mientras pasea maldiciendo de lo divino y lo humano:

—¡Flores!... ¡Flores!... ¡¡Y de Valencia!! Como si nos trajesen algo más que su olor penetrante y ficticio.

La puerta se abre con un alocado y gozoso chirrido y bajo su marco, Angelines—veinte años, lozanía, frescor de alma y materia—, se abalanza sobre su padre y mimosa saluda:

—Papaíto ¿me dejas comprar una flor?

Don Rafael se asombra. Niega; gruñe; rezonga; se deja vencer.

Después, un clavel condecora su severo atuendo.

II

La calle de la gran ciudad vive su orgullosa prestancia. Apoplética, no puede contener en su espacio tantos carruajes y peatones que hormiguean por doquier arrítmicamente. El crepúsculo pone su tinte de naranja sucia.

La florista, regordeta y peripuesta, se acerca a una juvenil pareja que se mira siempre, se sonrío siempre, en el reflexivo más altruista, y ofrece:

—Señorito, cómprele una flor a la señorita guapa.

—¿La quieres, Angelines?

—No, Alberto;-niega hipócritamente-

Un momento más tarde, ella luce con su rubor natural, la magnífica presea de una rosa.

III

La noche llevó la vida al reposo. En la casa, de habitación a habitación, el caballero Clavel y la damisela Rosa, juegan a las confidencias.

Escuchémosles... Pero no, sería indiscreto.

Eso sí: veámosles.

El Clavel cierra sus pétalos, se inclina sobre la solapa en actitud de reverencia. ¿Duerme o vive?

Ella abre sus hojas, se mantiene enhiesta sobre la seda del vestido. ¿Vive o ama?

IV

El día renueva el movimiento.

Don Rafael guarda cuidadosamente en el cajón de su mesa de despacho un clavel. Ha sonreído y ha suspirado.

Angelines mira un retrato, canta, besa una rosa y la guarda con ternura en la cajita plateada que cierra con la llavecita pendiente siempre de su cuello.

V

En la Primavera siguiente, han florecido más rosas y claveles.

MIGUEL BORRACHERO.



IDEARIO EXTREMEÑO

De todas las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; de todas las cosas blandas y suaves, la más blanda y suave es el amor.

FR. JUAN DE LOS ANGELES.

Mientras existe el entusiasmo, todas las individualidades se eclipsan.

DONOSO CORTÉS.

Quieren hoy formar hombres los filósofos y los arriman con demasía a los brutos.

FORNER.

Valoración actual de la Novela Picaresca

«... allá se las arregle cada uno en este desierto de egoísmo que se llama la vida».
«Stenhal», en «Rojo y Negro».

Camilo José Cela actualizó hace unos meses, fugazmente, la novela picaresca. Su «Nuevo Lazarillo» sigue por senderos clásicos rutas y caminos de nuestra vida airada, de nuestra más cruda realidad violenta. Pero lo de menos para mí es que Camilo José Cela haya escrito una buena, mala, o, regular novela. Lo más acuciante para nosotros, es que la lectura de este cuentecito, y no precisamente para niños, me llevó de la mano a releer la obra típica de este género literario, dentro de nuestro molde peninsular: me refiero al «Guzmán de Alfarache», del Bachiller Mateo Alemán. Porque más que la obra en sí, más que sus cualidades artísticas, lo que nos interesa imperativamente es la valoración de esta clase de novelas, desde la actualidad inaudita y vertiginosa de nuestra época.

Tengo que confesar, que cuando Camilo José Cela publicó esta obra, esperé con impaciencia su repercusión en el campo de la polémica. Yo sospechaba que, con motivo del «Nuevo Lazarillo», la Prensa semanal, concretamente «El Español», iniciaría una revisión de los valores que encierra esta temática ni clásica ni romántica, ni antigua ni moderna, sino simplemente inmanente e imperecedera. No fué así; y un silencio que hablaba de estériles sensibilidades—los clásicos hace tiempo que dejaron de ser populares—cayó sobre uno de nuestros géneros literarios más gustado de todos los tiempos excepto del nuestro. Tan sólo Eugenio Montes escribió sobre todo esto unos cuantos renglones.

Mas no importa que la polémica no haya surgido. Esta se encuentra, y muy enzarzada por cierto, en las páginas ya un tanto muertas de ciertos libros eruditos. Ni que decir tiene que hemos leído con delectación, y lo que es más, con delectación creciente, estas encontradas opiniones que se han ido tejiendo entorno a la temática del hampón eterno, personaje histórico de todos los tiempos. Porque aquí emerge ya la primera cuestión. No soy escolástico, pero lo cierto es que la materia que enjuicio, puede seccionarse para su análisis en varias cuestiones previas, y una, es esta:

¿Cuál es el origen de la novela picaresca?

— — —

He sumado muchas opiniones sobre este problema; su enumeración sería prolija y más que nada pintoresca. Pero dejemos esto para un estudio más detenido.

La novela picaresca es para algunos tan antigua como el hombre: Adán fué ya, según ellos, un consumado pícaro. Esto, a mi modo de ver, además